

Agosto

Efemérides

El reloj de la Naturaleza por L. M. Arce

2013 SEMANA 33
JUEVES

15

Faltan 38 días para el otoño.

Festividad de Nuestra Señora y San Napoleón.

Sucedió en Asturias. 1810. El general Bárcena derrota a los franceses en Linadas de Cornellana. **1884.** Se inaugura el ferrocarril de León a Gijón. **1924.** Se inaugura en Gijón la I Feria de Muestras de Asturias oficial e internacional. **1949.** Es conocida oficialmente como patrona de Teverga Nuestra Señora del Cébrano.

1976. En Gijón, en el Teatro de la antigua Universidad Laboral, tiene lugar un homenaje póstumo al productor cinematográfico, Jesús Rubiera, creador de la empresa Asturias Films. **1991.** Fallece a los 77 años en el Hospital Monte Naranco Eduardo Herrera Bueno, «Herrerita», considerado como el mejor futbolista asturiano de la historia.

Un fulmar boreal.



Fulmares en alta mar

El fulmar boreal frecuente en estas fechas el Cantábrico asturiano, aunque suele mantenerse lejos de la costa, por lo que pasa muy desapercibido. Se meja una gaviota con la cabeza muy voluminosa y el pico más grueso, que vuela con las alas rígidas y alterna planeos a ras de las olas y vuelo batido.

Las Plazas de Toros, así con mayúsculas, porque mayúscula es la simbología que les atribuye el autor, como gran escuela de la vida. En el 125.º aniversario de El Bibio y

en el día grande de las fiestas de Begoña, este artículo presenta el coso de Gijón como el lugar que enseñó a toda una generación las nociones centrales de los valores de Oc-

cidente: el peligro, el rito, el drama de los héroes, la estética, la belleza, la supervivencia, el elogio, la reprobación y el sigilo de la muerte. Pasen y degusten la faena.

Plaza de Toros de Gijón

El Bibio, donde la muerte es sangrientamente real, como escuela de análisis para descubrir la importancia insustituible de la obra bien hecha y la virtud de la honra

Luis MEANA

Más de un siglo lleva esa rojiza circunferencia de piedra, ese trozo de mar incrustado en la tierra, siendo íntima compañera de nuestra existencia. 125 años lleva esa dorada platea poniéndonos vida y muerte frente a frente en medio de las brisas de su vecino el océano. Desde hace 125 años, cumplidos en esta Virgen de Agosto, ahí está, ahí está nuestra particular Puerta de Alcalá viendo pasar el tiempo, sin que ningún juglar autóctono le haya compuesto una «canzonetta», quizá porque, para gente tan sublime, los toros no merecen otra música que esa «cosa» que ellos consideran retrofascio y ratonera, o sea el pasodoble. Ocurre que cuando uno no sabe cantar a nada importante, acaba llamando fascio o cualquier cosa a los misterios más hondos. A eso han ido a parar ese arte y sus artistas, a las frivolidades.

Dicho de otra forma, a la parálisis autista ante el rito imponente e incomprensible de la muerte, que la inepta razón moderna, bastarda de la Razón clásica, ha ido arrinconando en las Plazas de Toros, mayormente porque no sabe qué hacer con ella y evita así verla en su animalidad aterradora. Amamos, en una de nuestras más obstinadas paradojas, cada vez más a los animales, pero odiamos cada vez más a la animalidad. Y los toros son animalidad y sangre. Y ahí choca el moderno con sus límites y sus repugnancias. Para este mundo postmoderno, la muerte sólo es comprensible y aceptable desde la mecánica (las motos o los coches). La muerte es un corolario de la velocidad, desde que Newton llegó a los cielos. Muerte que debe ser limpia y rápida, y bajo ningún concepto agónica. Pero en las Plazas de Toros, de Gijón o de cualquier sitio, la muerte no es virtual ni digital. Es sangrientamente real. En esas plazas la muerte es un ancestro que corre ensangrentado vestido de toro negro. Quizá por eso las



MARCOS LEÓN

El torero Daniel Barrio, recreándose en El Bibio, belleza e historia unidas.

Para este mundo postmoderno, la muerte sólo es aceptable desde la mecánica –motos o coches–: la muerte es un corolario de la velocidad desde que Newton llegó a los cielos

Bibio concuerda en demasiadas letras con Biblia. Insólita casualidad: podríamos decir que El Bibio es nuestra Biblia, el libro sagrado con el que aprendimos historia local y raros sucesos

Plazas están tapiadas con unos exageradísimos paredones como sólo se hace sólo con cárceles o cementerios.

Dos grandes escuelas, dos oráculos ha habido siempre en Gijón para ponerse a cavilar en el muro de nuestras lamentaciones. El sagrado estadio de El Molinón, convertido hoy por la mano de unos ineptos en un estercolero artístico, y no sólo artístico, y la Plaza de Toros de El Bibio, que ha pasado épocas decrepitas pero en la que aún brilla a veces un trocito de éxtasis. Le debemos mucho los antiguos niños de Gijón a esas dos viejas escuelas de análisis en las que Gijón ejercitaba el rigor y hacía su propia forja de héroes. Le debe mucho España a esas rústicas y sucias Plazas de Toros, y a esos antiguos estadios. Sirvieron para transmitir, con mucho más rigor que muchos centros, gusto, estándares, modelos, cánones y reglas. En esas plazas nos enseñaron los secretos de esas destrezas. Nos enseñaron a poner nombre a las cosas. A no distinguir unas de otras. A saber cómo se componía cada una. A diseccionar jugadas y faenas. A no fiarnos de las apariencias. Nos descubrieron el valor y la importancia insustituible de la obra bien hecha. Nos inocularon el veneno de la excelencia. Nos enseñaron la virtud de la honra y de la vergüenza torera. Allí, mucho antes que en los más sólidos tratados, aprendimos la importancia esencial de la crítica, que ha hecho a Occidente.

Hemos dado, niños de El Bibio, mil veces la vuelta a esa circunferencia de piedra entre expectativas, sueños y esperanzas. Hemos visto en ella mil bellezas y mil dramas. Hemos visto atracadores, maestros y cuentistas. Hemos mamado allí un rito extraño y anacrónico: en usos, formas, vestidos y colores. Y hemos esperado muchos años a que de aquella lámpara de piedra inmóvil saliese un genio que nos explicase el misterio incomprensible de esa lucha entre hombre y fiero. Seguimos esperando una respuesta. Esa incógnita la resuelven tan poco las grandes teorizaciones taurinas como las ruidosas protestas antitaurinas, tan de moda. Pero esa Plaza vieja es parte esencial de nuestra vida. Los bachilleres de Gijón aprendimos en esa Plaza ligeramente ovalada, mucho antes de encontrarlas en los libros, algunas de las nociones centrales de Occidente. Conocimos el peligro. Entendimos

lo que es un rito. Vimos el drama de los héroes. Descubrimos la estética y lo que pasa cuando los ojos se inundan de belleza. Supimos lo que era la lucha por la supervivencia antes de que nadie pronunciara la palabra Darwin. Descubrimos la naturaleza caprichosa del triunfo, entendimos el elogio y la reprobación, la importancia del azar, y lo más duro e impensable de todo, la rapidez y sigilo con la que llega la muerte.

Bibio es el nombre sorprendente que recibió esa vieja Plaza. Nombre que concuerda en demasiadas letras con la palabra Biblia. Insólita casualidad. Podríamos decir que El Bibio es nuestra Biblia. El Libro sagrado con el que aprendimos ciertas partes de la historia de Gijón y sus más raros sucesos (algunos pueden leerse en el libro de Juan Martín, «Juanele», sobre el aniversario). El Bibio, las Plazas de Toros en general, narran la historia memorable y maldita de la existencia humana: el idilio inicial del hombre con la fiero, la quiebra de ese paraíso, y la maldición del destino que convierte el idilio en una lucha descarnada por la supervivencia. Ese es el fondo de esa cosa laberíntica llamada toreo.

La Plaza no es el comienzo. Antes de la Plaza hay un idilio llamado dehesa. Lugar en el que el campo se hace toro de la misma forma que se hace encina o monte. Allí, un animal aristocrático criado entre mimos y algodones llega a convertirse en una de las glorias máximas de la naturaleza. La bestia se vuelve bella, belleza que nada tiene que envidiar a la del rey de la selva. El toro son cuatro años de éxtasis en una pradera. Mayores y criadores cuidan cada día el cuerpo y el alma de esa fiero, la alimentan de pasto bendito, y la obligan a hacer aerobic entre árboles, cochinos y caballos. Es decir, la utopía fraterna de S. Francisco de Asís pero sin lobos. Si la dehesa es el Paraíso, la Plaza es el Estado. Y estado hobbesiano: «guerra de todos contra todos». Eso es lo que se escenifica en la Plaza, sin que se hayan enterado esos intelectuales que ven fascio en casi todo porque, como ya explicó Goethe, el ojo sólo ve la tontada que le deja ver su atolondrada mollera. La dehesa es campo abierto. La Plaza es un círculo cerrado. La Plaza es circular porque el círculo es la forma perfecta de cierre. Y es circular porque cíclica es la vida humana. Al final retorna siempre el principio.

Sigue en la página 87

La Nueva España

Recorte por la línea de puntos y pegue este cupón en la casilla correspondiente de su cartilla

15/08/13

Primeras fotos del calendario Pirelli

El calendario Pirelli celebra este año su 50º aniversario reuniendo a algunas de las tops más cotizadas de todos los tiempos frente al objetivo de **Patrick Demarcheller** y **Peter Lindbergh**. **Miranda Kerr** reveló las primeras imágenes a través de su Instagram, en las que aparecen **Alessandra Ambrosio**, **Helena Christensen**, **Isabeli Fontana**, **Karolina Kurkova** y **Alek Wek**. El calendario, en noviembre.



Imagen del calendario Pirelli 2014.

El Príncipe Felipe, en Paraguay

El heredero asiste hoy a la toma de posesión de Cartes y después se irá de vacaciones con Letizia y sus hijas

El Príncipe de Asturias llegó ayer a Asunción para asistir a la investidura del nuevo presidente de Paraguay, **Horacio Cartes**, que se celebrará hoy e iniciará un mandato de cinco años en sustitución del liberal **Francisco Franco**.

Felipe, que expresó «todo el apoyo de España» a Paraguay, viajó acompañado del secretario de Estado español de Cooperación Internacional y para Iberoamérica, **Jesús Gracia**; el director general para Iberoamérica, **Pablo Gómez de Olea** y el jefe de la secretaría del príncipe, **Jaime Alfonsín**.

El heredero de la Corona española se reunió ayer en el palacio de Gobierno con el presidente saliente, Federico Franco y recibió en la residencia de la Embajada de España a una veintena de representantes de la comunidad española residente en Paraguay. Además, asistió a un almuerzo con personalidades de la sociedad paraguaya y se entrevistó personalmente con Cartes.

A lo largo del día de hoy se celebrará la investidura del nuevo presidente, a cuyos actos también acudirán jefes de Estado de Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Perú.

Tras recibir las llaves de la ciudad en el centro cultural El Cabilido, don Felipe asistirá en la catedral metropolitana al Te Deum que será oficiado con ocasión de la apertura del nuevo periodo constitucional y en conmemoración del 476 aniversario de la fundación de Asunción.



A continuación, regresará al Palacio de Gobierno para participar en el saludo de Cartes a los jefes de delegaciones asistentes a su toma de posesión y a un almuerzo ofrecido por el nuevo presidente en su residencia particular.

Felipe volverá a Madrid mañana por la mañana, donde previsiblemente se reencontrará con la princesa **Letizia** para tomarse dos semanas de vacaciones.

La pareja ya pasó unos días de descanso en Palma de Mallorca junto a sus hijas, aunque Letizia abandonó la isla a los 5 días alegando compromisos en la capital. Felipe, por su parte, permaneció en Mallorca diez días, con las infantas **Leonor** y **Sofía**, y con su madre.

Si se cumple la tradición de años anteriores, los príncipes pasarán las vacaciones en un lugar costero y exclusivo que se niegan a revelar.

El Príncipe Felipe.

Berry y Garner, contra los paparazzi

Las actrices **Jennifer Garner** y **Halle Berry** están en guerra con los paparazzi, tras acudir a la Asamblea de California para declarar a favor de una ley que les impida fotografiar a hijos de famosos. «Somos madres que intentamos proteger a nuestros hijos», declaró Berry, embarazada. Se trata de un proyecto de ley propuesto por un senador demócrata, que busca penalizar a estos profesionales. Por su parte, los medios estadounidenses consideran la propuesta una restricción a la libertad de información.



Berry y Garner, en su comparecencia.

Ir a los toros hoy, o la banalidad

Viene de la última página

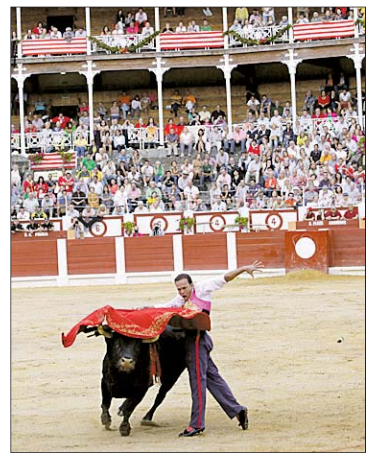
Cuando el toro sale del chiquero, esa primera carrera no tiene más comparación posible que el libro del Génesis. Esa carrera inicial del toro son los 7 días de la creación en un minuto: corre el toro como una exhalación en una exhibición inigualable de estampa, potencia, velocidad, valor, decisión y reacciones felinas. No hay seguramente en la vida natural nada comparable a ese instante de explosión de fuerza y belleza. En ese momento fugaz, el toro es el rey de la creación. Dura ese éxtasis hasta que el clarín anuncia una de las mayores invenciones y saltos del hombre: el hierro. Lo advirtió el gran clásico: «fue descubierto para desgracia de los hombres». Se ve entonces en el rito lo que es la expulsión del paraíso. La puya inevitable, las banderillas, el orden implacable de la lidia, la lucha, la sangre. Estamos ante el propio destino: el hombre obligado a dominar la naturaleza. Eso es la faena. Necesidad de dominación, voluntad heroica y sangre. La guerra, como dijo Heráclito, es padre de todas las cosas. Eso es lo inexorable. Y a esa realidad sólo cabe suavizarla mediante un grandioso artificio creado por los hombres para templar y suavizar sus males: el arte. Suma de destreza, adorno, emoción, brillos y alamares. Esa es la pretensión del toreo: que la muerte quede borrada por el arte. A pesar de la sangre.

Hace ya mucho que al hombre moderno no le gustan esas crudezas. Odia el moderno al ancestro. Lo mira con la soberbia y desprecio propios de un dogma de superioridad que no se sabe quién le ha dado. Odia el moderno la animalidad de la vida, de la que los toros son la presencia más «ostentosa». Ama el moderno el artificio. Cree el moderno que odia los toros. Odia la violencia y la sangre, que le traen a su ánimo evocaciones demasiado fuertes. La inmortalidad consiste para ese espíritu en borrar la muerte de nuestra conciencia. Y en ello anda. Ama el moderno, según dice, al toro y por eso lo protege, pero más, mucho más, se protege a sí mismo: no quiere que el toro le recuerde lo que con tanto esfuerzo ha olvidado, la agonía.

Dijo el gran Miguel Ángel que esculpir es quitarle a la piedra todo lo que le sobra. Eso es el toreo, quitarle a una fiera todo lo que en su animalidad estorba para convertirlo en forma, es decir, en destreza, emoción y estética. Cuando un capote vuela como una paloma, y el toro flota por el aire como si fuera una mota de polen, cuando el aire adquiere una quietud inmóvil y el tiempo parece pararse y condensarse, eso es arte. La fiera se vuelve entonces tan espiritual como una nota, y despierta las mismas emociones que un poema. El toro es sólo un instrumento, un andamio por el que ascender hasta la emoción estética. Y para eso, el mismo apoyo de un toro que una partitura. Son formas de llegar al arte.

A los toros, como a las monarquías, suelen matarlas los monárquicos. Es evidente que a los toros los matarán sus anacronismos. Del que el mayor es éste: un torero es un hombre extraño que prefiere la muerte heroica o artística a la vida. Cosa que no cabe en la cabeza de las sociedades postmodernas: que sólo piensan en vivir indefinidamente. Ese heroísmo del toro y del

torero les resulta cada vez más extraño y lejano. Por lo demás, una escenificación tan puramente trágica encaja cada vez menos en una época de amaneramientos. Pero nada, a los toros no van a matarlos ni esos anacronismos, ni los antitaurinos que protestan. A la monarquía taurina van a matarla los taurinos. El público que sólo disfruta con el más tonto entretenimiento. Los presidentes ineptos, que sacan su más riguroso bigote con quien torea de verdad y se juega la vida, mientras se ponen blanditos con las figuritas o con los amigos de la empresa. A los toros van a matarlos los malos ganaderos, que sólo largan engendros. Y los toreros tramposos. Y los estetas falsarios, que hay en abundancia. Todo eso viene de lejos. Por poner fecha al comienzo de la depravación, digamos El Cordobés. Por cierto, anticipo y precursor del 68, aquella «cosa» que consagró el gato por liebre. Rompió El Cordobés el orden taurino y muchos otros órdenes. Y lo hizo con la trampa que se emplea siempre para estos casos: meterle comedia a la tragedia. O sea, el salto de la rana. Pero estos espectáculos anacrónicamente



ÁNGEL GONZÁLEZ

Ferrera, en la corrida del martes.

Eso es el toreo: quitarle a la fiera su animalidad para convertirla en emoción y estética

te trágicos aguantan muy mal el «verbeneo». Para algo tan raro y anacrónico como los toros la autenticidad es una necesidad absoluta. Un ritual como éste lleva fatal jergas y merendolas. Un rito como éste necesita el recogimiento de las iglesias y la seriedad de lo santo. Su esencia es lo extremo, que el espectador tenga siempre presente que el artista se juega en cada instante la vida. El taurino actual está en otra cosa: en la espectacularidad. Las plazas se van convirtiendo en el espectáculo de las orejas. A más tonterías, más orejas. A más sucedáneos, más premio. En definitiva, que los taurinos están por la falsificación, más que por lo auténtico. En realidad, ir a los toros consiste hoy en darle intensamente al iPhone enfocando al ruedo. Es decir, en la banalidad.

Lo más esperado del verano...
El Gran Sorteo de La Nueva España
 10 Nissan Micra (De 5 puertas y 160CV) o 5 Nissan Juke 1.6 (De 5 puertas y 140CV)
 Gran premio final apartamento en Foz. Lugo